

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

Miércoles 30 de julio de 1856.

EDICION DE LA MAÑANA.

179.

Partidos de suscripción. Ocho rs. al mes, llevado a domicilio, y 24 por tres meses. Puntos donde se suscriben. En la Administración, calle del Carmen, núm. 60, y en las librerías de Caesta, calle Mayor, núm. 2, Bailly-Bailliere, calle del Príncipe; Oliveres, calle de la Concepción; Duran, calle de la Victoria, y Lopez, calle del Carmen.

Precios de suscripción. Catorce rs. por un mes, y 38 por tres meses. Puntos donde se suscriben. En casa de los correspondientes; en las principales librerías y en las administraciones de correos. También puede hacerse la suscripción por carta franca acompañando libranza ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso. En el extranjero y Ultramar, por tres meses, 70 rs.; por seis, 130, y por un año, 250.

ADMINISTRACION.

Los señores suscritores cuyo abono concluye el 31 del presente, se servirán renovarlo a tiempo para no experimentar retraso en el recibo de El Occidente.

MADRID 30 DE JULIO.

La cuestión de orden público, primera entre todas las cuestiones que está llamada a resolver la nueva situación política presidida por el general O'Donnell, recibe en todos los puntos de la Península soluciones conformes con lo que el interés del país exige. El imperio de la ley es restablecido en cuantas partes la sedición ha tratado de levantar la cabeza. En donde los elementos de desorden habían llegado a adquirir fuerzas de consideración, han sido dispersados por la vigorosa energía de las leales tropas del ejército; y en donde solo había habido una farsa de pronunciamiento de esas que no teniendo importancia política, por carecer de ella las poblaciones en que se realizan, no sirven más que para molestar a los vecindarios pacíficos, y para satisfacer pasiones veniales, la farsa de nueva invención de los despronunciamientos ha vuelto las cosas a su estado normal. Dentro de pocos días, habrá cesado por completo el combate entre la anarquía y el orden, y el triunfo universal y definitivo de las leyes habrá puesto fin a la desordenada agonía de la situación progresista.

Los amigos del partido caído no se dan, sin embargo, por completamente vencidos, y prosiguen contra el nuevo orden de cosas sus hostilidades. Dos son las diferentes maneras con que lo combaten: legal la una y sediciosa la otra. La primera consiste en querer desnaturalizar los hechos más notorios a fuerza de sofismas y argucias; la segunda está reducida a buscar los medios de provocar la alarma con falsas noticias y con conspiraciones subterráneas.

Algunos periódicos progresistas realizan el primero de estos dos géneros de hostilidades. Separándose del ejemplo que les dan los demás órganos de su partido, se hacen la ilusión de creer que los progresistas han sido los vencedores en la reciente lucha; y si bien condenan la insurrección, y hasta llaman claramente rebeldes a los sublevados, se esfuerzan por rehabilitar al general Espartero y por defender la conducta de las Cortes y de la Milicia nacional, al mismo tiempo que atacan al general Narvaez, y andan rebuscando artículos publicados por la prensa hace muchos años, y en que se censuraban actos administrativos de alguna persona importante del partido conservador. La posición en que estos periódicos se han colocado es de lo más curioso que puede darse. El que, viendo los aires de ministerialismo que toman, supiera que en efecto son el órgano de los vencedores, tendría que convenir en que de parte del Trono y del ministerio O'Donnell han estado en la actual contienda el invicto duque de la Victoria, las Cortes constituyentes y la Milicia nacional; y que la nueva situación ha tenido por adversarios decididos al duque de Valencia, al partido conservador y al ejército. Por mucho ingenio que gasta en querer probar tales absurdos, no lograría nunca esa parte de la prensa más que perder el tiempo.

No es posible desfigurar hasta tal punto los sucesos que acaban de verificarse a la vista de todo el mundo. Tampoco es hacadero introducir

por tales medios la desconfianza y la desunión en las filas conservadoras. Los que suponiendo rivalidades entre los generales O'Donnell y Narvaez, creen que van a desconcertar a nuestro partido, incurren en el notable error de creer que este es como el progresista, que reconocía como único jefe al duque de la Victoria, y no podía prescindir por un momento de la personalidad de tan entendido bibliófilo. En el partido moderado suceden las cosas de muy distinta manera; su suerte no está invariablemente unida a la de ningún hombre; no necesita proclamar la irresponsabilidad y la inmovilidad de ningún presidente del Consejo. El general Narvaez le hizo servicios eminentes, y lo acudilló con gloria en otra situación anterior: en la presente, el general O'Donnell ha adquirido títulos incontestables para presidir la marcha de los negocios, y dado pruebas de poseer en muy alto grado las dotes de hombre de Estado necesarias para estar al frente del partido más ilustrado, más liberal, más numeroso, y por todos conceptos el más importante entre todos los que dividen a España. Ni existe, ni puede existir rivalidad entre el primer vencedor de la revolución europea de 1848, y el vencedor de la anarquía social en 1856. Son dos ilustres soldados del ejército del orden, y no tienen ni pueden tener más rivalidad que la que suele existir entre los soldados; la de dar mayores pruebas de decisión y de contraer mayores méritos en el puesto que la suerte les destina. El general O'Donnell puede contar hoy con los desinteresados servicios del duque de Valencia para la defensa de la causa común; del mismo modo que el duque de Valencia, si más adelante vuelve a ser el jefe de una situación conservadora, tendrá a su lado, sin vacilar un instante, al ilustre caudillo de Lucena para ayudarle a pelear por los principios tutelares de toda sociedad, y por los intereses de la libertad y del orden.

Igualmente estériles para conseguir el objeto que sus autores se proponen, pero mucho menos inocentes, son las maniobras de los que se dedican al segundo género de hostilidades a que antes hemos aludido. Los que sin descanso forjan y propalan noticias falsas, y abusando de la generosa tolerancia, de que los vencedores han hecho alarde, procuran por todos los modos posibles mantener viva la agitación de los espíritus, están poniendo al gobierno, con su conducta, en la triste necesidad de apelar a medios de represión. No es posible permitir que se siembre impunemente la alarma entre las gentes pacíficas, y tal vez que por este camino se llegue a arrastrar a algunos ilustres a intentonas temerarias. Aunque ya está fuera de toda duda el triunfo de la buena causa; aunque ya ninguna persona de mediano criterio puede desconocer que si se ensayaran nuevos desórdenes la derrota y el castigo de sus autores serían seguros é instantáneos; aunque solo el vértigo de la desesperación puede mover a los que se atrevieran a provocar hoy al gobierno a una lucha material, no basta la convicción de las propias fuerzas; es necesario evitar hasta la posibilidad de un conflicto, por remota que parezca; es necesario prevenir para no llegar a verse en la precisión de castigar; es necesario no olvidar que, por muy noble y muy loable que la generosidad sea, merece mucho más respeto que los vencidos que relusen aceptar buenamente su situación, la inmensa mayoría de familias pacíficas, alarmadas cuando ven que la impunidad envientona a los revoltosos.

Aconsejamos, pues, al gobierno, que sin salir

se en un ápice de la legalidad más estricta, reprima con mano fuerte a los noticieros falsos, y a los alarmistas de oficio, y someta sin contemplación al fallo de los tribunales a todos los que dejándose arrastrar por sus aviesas pasiones, preparen todavía desórdenes, tanto más indisciplinables cuanto más imposible es que sus locas maquinaciones alcancen resultado.

La Nación había acusado de intolerancia a la prensa con erradora por la conducta que viene observando después del triunfo recientemente obtenido por nuestras ideas. A su injusto ataque contestamos probándole que los vencedores de julio de 1856 están dando pruebas de una tolerancia sin ejemplo, y que el actual generoso proceder de los periódicos conserva lores aparece hoy mucho más digno si se le compara con la actitud con que, colocada en circunstancias análogas se espesaba la prensa progresista en julio de 1854. La Nación no contesta a nada de lo que hemos dicho; no niega ya que los vencedores de hoy son mucho más tolerantes que los de hace dos años; conviene explícitamente en la exactitud de algunas de nuestras apreciaciones, y se desentiende de tomar en cuenta las demás; reconoce que en efecto, pidió venganza después de haber triunfado sus amigos, y defiende como natural y procedente aquella petición.

Pero al mismo tiempo que rehuye el debate, dándonos en unas cosas la razón, y evitando hablar de todas las demás, a que habíamos hecho referencia, La Nación, por no quedar sin decirnos algo, nos acusa de inconsecuentes, apoyándose para dirigirnos este cargo, en el supuesto de que El Occidente usaba distinto lenguaje que ahora, hace dos años, cuando ocurrió la revolución de julio.

Con recordar que en aquella fecha no veía la luz pública El Occidente, basta para comprender cuán equivocado y falto de fundamento es lo que La Nación nos dice.

La otra razón que nuestro colega alega para probar nuestra inconsecuencia, lo mismo que la de todos los demás periódicos conservadores, es la de que ahora parecemos unidos con estos, a pesar de haber estado antes en tan gran disidencia con ellos. No tenemos noticia de esas disidencias. Tres veces distintas reune en su artículo La Nación el nombre de nuestro periódico con el de La España, extrañando que hoy opinemos lo mismo que este nuestro apreciable colega después de haber sido adversarios tan decididos. No recordamos que desde la aparición de El Occidente hayamos sostenido contra La España una sola polémica sobre principios ó apreciaciones políticas, ni la habrá a no ser que este periódico tenga a bien variar la línea de conducta que en él hemos visto constantemente desde la aparición del nuestro.

El Occidente combate hoy al progresismo, como lo hizo desde su primer número. Si La Nación tiene el capricho de querer probar nuestra inconsecuencia, concrete los hechos, recuerde los puntos ó cuestiones en que crea hallar los fundamentos de semejante acusación, y nosotros le prometemos desvanecer su error, que no comete ya por primera vez, y del que no sería ya la primera vez que la dejaríamos convencida.

No somos partidarios de las medidas violentas ni aceptamos en épocas normales los medios de rigor empleados por los gobiernos en odio de un partido ó con fines puramente personales; pero reconocemos que en circunstancias tan críticas como las presentes, y cuando no se trata de la existencia ó del interés de algunos individuos, sino de la suerte del país y de la salvación del ór-

den social, es indispensable recurrir a medidas energías y ejercitar una bien entendida represión sobre los elementos perturbadores que sofocan la acción del gobierno y retardan la obra de la pacificación del país.

Tenemos entendido que el gobierno está resuelto a hacerlo así, y nos alegraremos de ver confirmada esta noticia, porque, a decir verdad, los enemigos del orden no desensuan un momento ni cejan en sus planes de trastorno. Persuadidos de que vale más prevenir que castigar, excitamos al gobierno a que adopte algunas providencias que devuelvan la tranquilidad a los ánimos, sobrecitados con las maquinaciones de los alarmistas y nos den la garantía de que no presenciarémos desórdenes y atentados como los que han tenido lugar en otros puntos y que traerían en pos de sí la necesidad de terribles castigos. El gobierno debe saltar por encima de esos escrúpulos de ilegalidad a que presta tanta importancia, tratándose de resolver la cuestión más vital para el porvenir de nuestra patria.

Continúan siendo tranquilizadoras las noticias que se reciben de las provincias. Jaca ha reconocido al gobierno, lo mismo que Albarracín; Teruel ofrece capitular; Málaga no tardará en hacerlo, según todas las probabilidades, y Zaragoza punto el más comprometido, tendrá que someterse, antes que dar lugar a las terribles consecuencias de un bloqueo que dará principio muy en breve, si los rebeldes se obstinaren, contra todas las probabilidades, en prolongar la resistencia.

No podemos menos de felicitar al gobierno por la prueba de tolerancia que acaba de dar al disponer el sobrecimiento en todas las causas pendientes sobre denuncias periodísticas.

Ya han sido puestos en libertad todos los editores responsables que se hallaban encarcelados.

Según las noticias que van llegando de diversos puntos, la organización del batallón de francos que se está formando en Madrid, se ha hecho extensiva a todas las provincias de la monarquía, bajo la misma base y condiciones que tiene efecto, lo que se está verificando en Madrid.

El Criterio establece que el gobierno actual se halla en las condiciones más ventajosas para realizar el pensamiento de la verdadera unión liberal. Hé aquí algunos párrafos del artículo de nuestro colega:

Al examinar las diversas consideraciones que se hacen de continuo sobre el pensamiento, desconocido a menudo en su esencia, de la unión liberal, se nos ocurre involuntariamente la idea de inquirir si es aquel tan anómalo y desacertado, que se enderece a conciliar extremos opuestos, y sirva tan solo para encubrir designios encontrados. Los hábitos rutinarios de muchos hombres, las preocupaciones arraigadas por el curso del tiempo, los compromisos de afición ó bandera, influyen en su opinión de una manera tan poderosa, que trastornan su juicio no pocas veces, moviéndolos a perseverar en una senda a todas luces errada, por falta de maduro examen y detenimiento. Las personas alocadas de este modo por la rancia rivalidad de los partidos tienen siempre en sus labios el delirante lema de la parcialidad enemiga; son para ellas adversarios implacables cuantos no están resueltamente a su lado; repugnan ahogar el odio inveterado para admitir en su ciudad natal a los sabios, como lo hiciera la nación más cuerda de la antigüedad.

Tentados estamos, en verdad, de perder la fé que nos resta en el posible mejoramiento de la situación de nuestro país, cuando tal encono vemos en los hombres y tal confusión en los partidos. Quedase el sistema representativo tan solo en beneficio propio; si triunfa uno de los partidos rivales (que suele ser siempre revolucionario ó violentamente) lízase en seguida en los de los vencedores la turba multa de interesados amigos, ávida cual las gentes que solían seguir a los ejércitos, de recoger el botín de la jornada. Ni tregua ni compasión para los vencidos; si la reclaman, su remuneración será el escarnio.

Tal suele ser harto comunmente la conducta de nuestros partidos, conducta que podemos atribuir sin titubrar a la guerra a mano armada y de mala ley que constantemente se ha hecho. En una sola ocasión pareció que comenzaba a disminuir tanta acritud y encarnizamiento; debemos confesarlo con lealtad; el último ministerio presidido por el duque de Valencia hizo algo por templarla. Pero los sucesos ulteriores, la política que se sustituyó a la suya destruyeron completamente la obra ya intentada. El espíritu de estre-

mada agitación que se sobrepuso en el alzamiento de 1854, fue poco a propósito para consolidar España. Los hábitos tolerantes del régimen monárquico-constitucional, el pensamiento de la unión liberal desapareció arrastrado por la impaciencia de los bandos radicales.

Si justipreciamos, como es debido, estos antecedentes; si dando de mano a estériles recriminaciones, procuramos encaminar sinceramente nuestros conatos al afianzamiento del orden de cosas conciliador y tolerante que la índole de las instituciones liberales demanda, forzoso nos será recordar, como quiera que acreditemos las rectas intenciones que hubieran podido tener a los otros en igual sentido, que no hay gobierno alguno que con tantas condiciones, como el actual, de capacidad é independencia, pueda dar cumplimiento remate a ese fecundo y magnánimo pensamiento. Mucho necesita hacerse para curar las hondas llagas de nuestro país; mucho puede hacer ciertamente lo que por principio de su conducta política se proponen desahogar de un modo terminante los resabios del espíritu de partido y de su antigua intolerancia. Sería posible dar un paso decisivo a las filas de los defensores de la monarquía constitucional a los que procediesen del partido progresista, en nombre del partido moderado, ó a los que siempre se apellidaron moderados, en nombre del partido progresista? ¿No fuera el obrar así contribuir a que se mantuviera viva la llama del rencor sin esperanza alguna de verla extinguirse nunca? Los partidos que acabamos de citar han sido más enemigos que rivales; han peleado, tanto por lo menos en las calles, como disueltos en la prensa ó en la tribuna; han puesto alternativamente a los vencidos en verdaderas condiciones de esclavitud política, ya que muy pocas veces llegaron a poder representar sus doctrinas libremente bajo el amparo del vencedor.

El ministerio que preside el conde de Lucena, exento de vicios que le ligan forzosamente con un partido determinado, como sucedería, según toda probabilidad, a cualquier otro hombre de Estado, simboliza hoy, en nuestro concepto, más que otra cosa, la política de la verdadera unión liberal; que no es quimérica, vulgar ó transitoria, como la juzgan algunos, sino conveniente, lógica y definitiva; a menos que no se sobrepongan a los dictados del patriotismo las inspiraciones egóticas de los partidos. Esa unión es conveniente, porque representando a un partido, representa también un principio más elevado que él. Representa a la vez al partido que desea consolidar el poder parlamentario combinado con la prerogativa del trono, y el pensamiento más amplio, más generoso, más nacional, que se enderece a establecer un patrimonio común para todos los españoles, sin distinción de opiniones, que sean dignos de coadyuvar con sus luces al mejoramiento de la administración pública. Es lógica, porque se funda en el propósito de contener la confusión de nuestros bandos políticos, agrupando en torno de una sola bandera a los que, con distintos nombres, vienen a concurrir a la defensa de idénticos principios. Es definitiva, cuando puede serlo la monarquía constitucional, que no se comprende regular ni acorde con el mismo exclusivo de un partido. El gobierno pretendiendo como puede menos de suceder, que el mayor número posible de españoles le sigan resueltamente en la senda política por donde camine; pero lo que a nuestro juicio demostrará más explícitamente su justo anhelo de reparar los desaciertos cometidos por enemigos bandos, será la conciliación de intereses discordes, el establecimiento permanente y constitucional del orden de cosas que acija de una manera amplia y digna a cuantos sean capaces de cooperar al progreso del país, dejándoles completa libertad de acción, en sentido puramente doctrinal. Grande es la tarea que los que de este modo piensan se imponen, pero grande será también el fruto que de su afán recojan, si logran tan solo hacer que sea escuchada su voz por los hombres imparciales. La parte más sensata de la opinión pública lo desea con ansiedad.

De un extenso y notable artículo que publica El Parlamento, debido, según este periódico, a un antiguo y célebre adalid del partido conservador, copiamos los siguientes párrafos:

«Gravísimas son todavía las circunstancias en que nos vemos, y casi obligación hay en todos cuantos aman a su patria de levantar la voz, y con la mesura y templanza debidas, hacer presente al gobierno y a la opinión pública lo que estimen conducente al bien del Estado. No importa que hablando mucho se digan no pocas cosas desvariadas ó imposibles de ser puestas en práctica con feliz suceso; porque entre desvarios é imposibilidades no dejará de salir a luz algún pensamiento sano, alguna proposición practicable. Por eso nos arrojamus a decir lo que, en nuestro sentir, es justo; lo que en nuestro pobre concepto, es posible; lo que estimamos, no solo saludable, sino necesario, y en alguna parte urgente, aunque otra parte de ello deba ir haciéndose a la larga, dando tiempo al tiempo, y guiándose a la par por los principios y por los sucesos, en fuerza de los cuales lo difícil y aventurado en cierto día viene a hacerse en otro más ó menos remoto, llano y conveniente.

De contado, nos parecería desatino y casi delito, consultarse ahora en oposición, siquiera sea templada, al actual ministerio, y sobre todo al que de él es cabe-

—No ambiciono, os lo repito, la suerte que queréis proporcionarme; no deseo sino el retiro y una vida tranquila. Los hábitos de la vida en que he sido educado son los únicos que me convienen, y mi tristeza procede del sentimiento de abandonar al barón, a la señora de Sault y a los sitios.

—Entonces ¿seréis feliz aquí?

—Tanto que todos mis deseos se limitarian a no salir jamás.

—Pues hace dos meses no temiais tanto cambiar de posición; yo os he visto sonreír desde lejos a ese mundo en el que vais a entrar y este castillo no os parecía la mansion mas agradable de la tierra. Entonces se reflejaba en vuestra frente una dulce serenidad; hoy estáis triste, silencioso; y sin embargo estáis aquí, cerca de los que amais. Yo que sé que vuestra felicidad aun no ha concluido, no me apresuraré a ponerle término.

El conde pronunció estas palabras con una tristeza llena de orgullo, y como se inclinase fríamente la señora de Noves para responderle, añadió:

—Debe agradaros esta seguridad, señorita; debéis estar contenta de mí.

—Os estoy sinceramente reconocida.

—Y ahora estáis tranquila y contenta como hace dos meses?

—Sí, señor.

—Sin embargo, tenéis los ojos llenos de lágrimas. Pasóse el pañuelo por los ojos, apoyó la frente en los vidrios diciendo:

—Esto no es nada; no hagais caso.

En aquel momento pasó Giulio por delante de la ventana, dirigió una mirada oblicua a la señora de Noves, y fue a reunirse con la señora de Sault.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

EL CASTILLO DE SAN GERMAN,

POR H. HARNAUD.

LIBRO PRIMERO.

(Continuacion.)

En tanto que se cumplimentaban de este modo, entraron la señora de Noves, y la señora de Sault. Laura trémula se apoyó en la señora de Sault, que la estrechó las manos diciéndola:

—Cuidado con lo que haceis!

—Señora, murmuró la jóven, volvamos a nuestro cuarto.

Adelantóse altivamente la vieja sin hacer caso y sin responder sino con un ligero saludo a las reverencias del conde. Dirigió Laura una rápida ojeada a Giulio y se sentó sin decir palabra; estaba tan pálida que hasta de Grauvax no lo que haceis!

—Hermosa prima, dijo, que cara tenéis tan lánguida y tan triste; es así como se recibe a un desposado?

Hizo un esfuerzo para sonreír; pero vencida por un sentimiento arrebatado, por la sorpresa, por el embrazo, tal vez por los remordimientos, prorumpió en llanto. Estrechóla la señora de Sault en sus brazos, todo el

el mundo estaba aturrido, y de Grauvax no hacía más que murmurar:

—Alguna niñaada...

—Local, pensó Giulio; va a hacerse traición.

Esta extraña situación no duró más que un momento: el italiano y de Grauvax se retiraron discretamente; la señora de Sault se levantó para llevarse a Laura dejando al barón el cuidado de explicar al Sr. de Bormes un recibimiento que tanto debía herirle. Hasta se alegró la vieja de aquel suceso. Pero el barón, cuya lealtad se indignaba al ver que se manifestaba semejante pesar después de haber dado una palabra, tomó sobre sí el reparar la afrenta que se hacía al conde, y dijo con tono severo:

—Señorita de Noves, qué significan esas lágrimas? qué significan esas miradas indignas de una jóven de vuestra clase? Os ha turbado de este modo la presencia del Sr. de Bormes? Considerad que tendría derecho para quejarse de vos como de una injuria, y yo, vuestro tío y tutor no estoy en el caso de permitirlo. Considerad que dentro de algunos meses debereis casaros con el Sr. de Bormes, así que escusados de vuestro recibimiento.

—Basta! interrumpió el conde de Bormes, trémulo delante de Laura, quien pálida, y con los ojos bajos parecía que iba a desfallecer; esta señorita no me debe escusa alguna; yo si que debo dárselas por haberme presentado de este modo.

—Perdonad, caballero, dijo Laura un poco tranquila; en todo esto no hay nada que os concierna; yo estoy enferma y os pido permiso para retirarme con la señora de Sault.

—Señorita, dijo el barón, no me gustan los caprichos; quedaos.

—Me parece que os es poco grata mi presencia, dijo el conde de Bormes. Pienso volver a marchar pron-

to, pero ante todo reclamo el favor de tener una conversación particular con vos... si el señor barón y la condesa lo permiten.

Los dos se levantaron asombrados.

—Voy a acompañaros a vuestro cuarto, dijo el barón ofreciendo su mano a la condesa; caballero, podéis hablar sin testigos con la señorita de Noves.

—Quedó esta sola frente al conde, quien permanecía de pie con el sombrero en la mano y los ojos bajos. Después de un largo silencio, dijo Laura con una triste sonrisa:

—Caballero, estoy aquí para escucháros.

—Señorita, respondió el conde con firmeza, nada tengo que decirnos no sepa; pero tal vez convenga recordároslo. Hace dos meses que fuimos prometidos por la iglesia y por un contrato. Quiero creer que obedecisteis a las órdenes del barón, pero sin odio y sin repugnancia después se han interpuesto entre vos y yo maliciosos consejos, y veo que han producido sus frutos. No es a vos a quien acuso de este cambio, sino a la señora de Sault. Qué os ha hecho? Qué ha pasado que recibis así con tan triste aspecto y con las lágrimas en los ojos?

—Sois injusto en vuestras reconvinencias, señor conde, respondió Laura con voz poco segura; la señora de Sault no os ha perjudicado en mi ánimo.

—Pero al menos lo ha intentado, interrumpió el señor de Bormes.

—No ha cambiado en nada la voluntad del señor barón, dijo Laura sin atreverse a levantar los ojos; obedeceré.

—Sin odio y sin repugnancia?

—Sin odio, respondió bajando la vista.

—Basta; ya veis que no soy exigente. Confió en vuestro carácter y en vuestra virtud. Otro en mi puesto se asustaría de encontrar un corazón tan indiferen-

te, una voluntad tan resignada y arrostrada tal vez por intereses de familia; sea presunción ó impaciencia; me confío a vos. Yo haré tan feliz vuestra vida, la rodearé de tanto brillo, de tantos cuidados, que sería preciso que me améis un poco, aun cuando no sea sino por reconocimiento. Cuando dejéis este castillo donde habéis pasado toda vuestra vida, no deseais hacer un viaje a la corte?

La jóven meneó tristemente la cabeza.

—Entonces nos quedaremos en Provenza, repuso el conde: el verano iremos a mis quintas, y el invierno habitaremos en el palacio que he hecho construir en Aix. Nada puede dar aquí una idea del lujo y de la magnificencia de que estaréis rodeada. En vez de estas sombrías habitaciones, encontrareis gabinetes y salones en que los primeros artistas de Francia ó Italia han dejado sus obras maestras; todo es allí magnífico y digno de vos.

—No soy ambiciosa, caballero; me basta con lo que estoy acostumbrada a tener; os doy gracias, pero me aprovecharía mal de ello.

—Por qué interrumpió el conde; una mujer jóven gusta siempre de todo esto. Es algo tener un buen nombre, ser la primera entre todas las damas de la nobleza. Cuando no hay pasión en el corazón, basta esto para hacer agradable la vida. Vuestros carruajes serán mas hermosos y vuestra librea mas numerosa que la de la gobernadora de Provenza; tendreis tambien magníficos vestidos y profusión de joyas. Soy el caballero mas rico de la provincia, y toda mi fortuna servirá para contentar vuestros deseos. Por todas partes os calmaré diversiones y placeres; os daré todos los gozos de la vanidad y del orgullo. Señorita, seréis una mujer feliz.

Meneó ella tristemente la cabeza, y dijo con una sonrisa de triste resignacion:

—¿Quién es ella?—Llama la atención de los concurrentes al salón del Prado una dama de tan elegante y marcial empaque, de ojos tan negros y brillantes, de rostro tan encantador, de seno tan prominente, de brazos tan blancos y torneados, de pie tan breve y pálido, que hay quien supone que tan real hembra ha sido hecha de encargo para trasformar el juicio de las hostes masculinas del dios Cupido.

—Teatro del Príncipe.—El teatro Real, el Circo y el de la Zarzuela, tienen ya contratado casi todo el personal de las compañías que han de trabajar en ellos la temporada próxima.

—Nombres.—Hallándose ausente de esta corte el Sr. D. José Fontagut y Gargollo, uno de los nuevos diputados provinciales nombrados por el escelsísimo señor capitán general del distrito, se ha elegido para reemplazarle al concejal D. Pedro Sánchez Ocaña.

—A los cazadores.—Las licencias concedidas hasta el día 14 del corriente para el uso de toda clase de armas, así como para el de escopeta y coza, han caducado desde el momento que esta provincia ha sido declarada en estado de sitio.

—Defunción.—El día 14 falleció en Madrid de una pulmonía fulminante, el diputado a Cortes D. Antonio Lara.

—Helados.—La nieve se ha encarecido y escasea mucho este año, pues no habiendo provisión de ella en los pozos de Madrid, se precisó traerla de los vertiqueros de Guadarrama; y así es que necesitada en algunas casas para remedio, no la han podido encontrar.

—Ladrones.—Parece que no faltan ladrones estos días en las inmediaciones de Madrid. Una diligencia que iba a la Granja el lunes último, robó la por una cuadrilla de malhechores, según nos escriben de aquel real sitio.

—La Milicia nacional de Carmona entregó las armas espontáneamente apenas pudo ocurrir en S. villa; pero el capitán general ha dispuesto que vuelvan a recogerlas con excepción de los milicianos que no merezcan la confianza de los comandantes.

—Viage.—Parece que hace unos días salió para Bayona desde Carabanchel, donde se hallaba, el señor don Antonio Benavides.

—En algunos pueblos de esta provincia temen que sea escasa la cosecha de vino, por haberse desarraigado últimamente en las cepas con bastante intensidad el oidium que tantos estragos causó el año último.

—En el pueblo de Rubi, a las inmediaciones de Barcelona, ha principiado a funcionar un vasto establecimiento fabril, destinado a la elaboración de tejidos de terciopelo de algodón, ó sea apenas de toda clase. Además del motor hidráulico de mucha pujanza, tiene una máquina de 30 a 35 caballos efectivos de fuerza, y ocupa un gran número de brazos.

—El día 7 se inauguró en Roma el ferrocarril de aquella ciudad a Frascati, primer trazo de la línea de Nápoles, la primera ceremonia de este género que se ha visto en los estados pontificios; así es que fué muy grande el entusiasmo.

—Se ha empezado en París la construcción de casas modelos para las familias de los obreros en los terrenos comprados por el emperador Napoleón.

—En Bayona se hallaban los señores González Bravo, general Córdova, Ortega y algunos otros españoles.

—Regalo infantil.—Hace algunos días, escriben de Plombières, que el emperador encontró en su paseo dos niñas de corta edad, la mayor de las cuales, que podía tener unos cinco años, se detuvo a hablarle con una rosa en la mano. ¿Quién es el emperador? preguntó. Yo, le contestó la augusta persona. Muy bien, repuso la niña: esta rosa es para el emperador que está en París. El emperador puso la rosa en un ojal, besó a la niña, y le hizo un regalo.

—Que se componga.—El nuevo trozo de la calle del Sordo hasta el Prado se abrió al público hace cosa de tres meses; desde este tiempo están pasando coches y otros carruajes sin cesar, y como el piso se compone de tierra echadiza y no está empedrado, si llueve se forman respetables abismos, y si no llueve como ahora, el polvo es en tanta cantidad que raya en lo fabuloso; todo esto es muy molesto é insano, por lo que debían emprenderlo cuanto antes. Es calle concurrencísima, y mas seria estando bien ordenada.

—Arribe.—Ha llegado a esta corte el Sr. D. Francisco Torres, director del acreditado periódico malorquín, titulado El Balaer.

—Defunción.—El día 14 falleció en Madrid de una pulmonía fulminante, el diputado a Cortes D. Antonio Lara.

—Helados.—La nieve se ha encarecido y escasea mucho este año, pues no habiendo provisión de ella en los pozos de Madrid, se precisó traerla de los vertiqueros de Guadarrama; y así es que necesitada en algunas casas para remedio, no la han podido encontrar.

—Ladrones.—Parece que no faltan ladrones estos días en las inmediaciones de Madrid. Una diligencia que iba a la Granja el lunes último, robó la por una cuadrilla de malhechores, según nos escriben de aquel real sitio.

—La Milicia nacional de Carmona entregó las armas espontáneamente apenas pudo ocurrir en S. villa; pero el capitán general ha dispuesto que vuelvan a recogerlas con excepción de los milicianos que no merezcan la confianza de los comandantes.

—Viage.—Parece que hace unos días salió para Bayona desde Carabanchel, donde se hallaba, el señor don Antonio Benavides.

—En algunos pueblos de esta provincia temen que sea escasa la cosecha de vino, por haberse desarraigado últimamente en las cepas con bastante intensidad el oidium que tantos estragos causó el año último.

—En el pueblo de Rubi, a las inmediaciones de Barcelona, ha principiado a funcionar un vasto establecimiento fabril, destinado a la elaboración de tejidos de terciopelo de algodón, ó sea apenas de toda clase. Además del motor hidráulico de mucha pujanza, tiene una máquina de 30 a 35 caballos efectivos de fuerza, y ocupa un gran número de brazos.

—El día 7 se inauguró en Roma el ferrocarril de aquella ciudad a Frascati, primer trazo de la línea de Nápoles, la primera ceremonia de este género que se ha visto en los estados pontificios; así es que fué muy grande el entusiasmo.

—Se ha empezado en París la construcción de casas modelos para las familias de los obreros en los terrenos comprados por el emperador Napoleón.

—En Bayona se hallaban los señores González Bravo, general Córdova, Ortega y algunos otros españoles.

—El 24 llegó a Sevilla, y ya debe haber salido para Málaga un batallón del regimiento de la Albuera que se hallaba en Cádiz.

—Ha anclado en el puerto de Valencia el vapor de guerra español Hernán Cortés.

—En Barcelona se ha restablecido por completo el orden. En la noche del 25 se representó en el teatro Principal de aquella ciudad La alegría de la casa, y hubo una entrada numerosa.

—Segun el «Avisador Malagueño» no cesan los repiques de campanas en Málaga.

—Leemos en un diario de Barcelona.

—M. de B... que viajaba no ha mucho por Francia, habiéndose detenido en una posada de un pueblo del departamento del Indre-et-Loire, vio llegar dos gendarmes conduciendo a un desertor que pálido y estenuado se dejó caer en tierra casi exánime.

—Dice el «Irurat-bat».

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—El 24 llegó a Sevilla, y ya debe haber salido para Málaga un batallón del regimiento de la Albuera que se hallaba en Cádiz.

—Ha anclado en el puerto de Valencia el vapor de guerra español Hernán Cortés.

—En Barcelona se ha restablecido por completo el orden. En la noche del 25 se representó en el teatro Principal de aquella ciudad La alegría de la casa, y hubo una entrada numerosa.

—Segun el «Avisador Malagueño» no cesan los repiques de campanas en Málaga.

—Leemos en un diario de Barcelona.

—M. de B... que viajaba no ha mucho por Francia, habiéndose detenido en una posada de un pueblo del departamento del Indre-et-Loire, vio llegar dos gendarmes conduciendo a un desertor que pálido y estenuado se dejó caer en tierra casi exánime.

—Dice el «Irurat-bat».

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

—En el gabinete del telégrafo de Abbeville ha sucedido una cosa bastante curiosa.

CRONICA RELIGIOSA. SANTO DE HOY. San Abdon y San Senen, mártires. CULTO DIVINO. Cuarenta horas en la iglesia de San Ignacio, donde habrá misa mayor a las diez, y por la tarde solemnes vísperas a su titular y reserva.—Sigue la novena de Nuestra Señora de la Flor de Lis en Santa María, predicando por la tarde D. Gregorio Montes.—En los Italianos y Oratorios habrá por la noche ejercicios.—Se rezará de San Vicente de Paul, confesor, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la octava de Santiago Apóstol y de San Abdon y San Senen, mártires.

OBSERVACIONES METEOROLOGICAS DE AYER. TERMOMETRO. EPOCAS. REAUMUR. CENTIGR. BAR. ME. RO. VIENTOS.

7 de la m. 14 s. 0. 17 1/4 s. 0. 26 p. 6 l. NE 12 del dia. 26 s. 0. 32 1/2 s. 0. 26 p. 6 l. NE 5 de la tar. 24 s. 0. 30 s. 0. 26 p. 5 3/4 l. NE

EFEMERIDES ASTRONOMICAS DE AYER. Es el día 212 del año y el 39 del estío. SOL. Saló a las cuatro horas y 49 m.—Se pone a las 7 h. y 11 m. El día dura 14 h. y 22 m.—La noche 9 y 38 m. LUNA. 28 de su edad.—Aparece a las 2 h. y 53 m. de la m.—Pasa por el meridiano a las 11 h. y 53 m. de la m.—Su retardo para mañana serán 49 m.—Se oculta a las 6 h. y 48 m. de la m.

CRONICA MERCANTIL. BOLSA DE MADRID DEL 29 DE JULIO DE 1856. Precios al contado publicados en Bolsa. Títulos del 3 por 100 consolidado, 41,05 c.

Precios corrientes no publicados en Bolsa. Títulos del 3 por 100 diferido, 25,40 d. Amortizable de primera, 12,20 p. Amortizable de segunda, 6,55 p. Emisión de 1 de abril de 1850. Fomento a 4,000 00 d.

Idem de 2,000, 00 d. Idem 1 de junio de 1851, de 2,000, 00 p. Idem 31 de agosto de 1852, de 2,000, 96,50 d. Acciones del Banco de España, 000. Acciones del canal de Isabel II de 1,000 rs. \$ por 100 anual, 104,50 d.

TEATROS. CIRCO DE PAUL.—Teatro de verano.—A las nueve de la noche.—La comedia en un acto y en verso, titulada, ¿Quién manda en mi casa?—El juguete lírico-dramático Don Esdrújulo, que cantará el primer tenor Sr. Miró, imitando la voz de tiple.—La comedia en dos actos de costumbres gitanas El congreso de gitanos.

Editor responsable, D. SALVADOR P. RODRIGUEZ. Imprenta de EL OCCIDENTE, a cargo de J. GARCIA VERDUGO, T. de Urana, 8.

ANUNCIOS DE EL OCCIDENTE.

EN LA CIUDAD DE VERA, PROVINCIA DE ALMERIA, se encuentra creada una agencia de negocios que funciona a cargo de D. Miguel José de Espejo y Enciso.

El día 15 de mayo de 1855 ofreció por primera vez este establecimiento sus servicios al público, y durante este primer período de su ejercicio, no solo no ha causado a sus concurrentes ni el mas ligero motivo de disgusto, sino que muy por el contrario se ha recomendado a todos en general y en particular. Desde la época en que se ha venido haciendo responsable de casi todas las redacciones existentes en esta corte, de otros muchos establecimientos de la misma, y depositaria de varios géneros que desde aquí y desde otros puntos de España, Ultramar y el extranjero, se le han confiado a la vez en comisión; y sin embargo de la complicada y frecuente correspondencia que ha tenido y tiene que seguir, le cabe hoy a dicho señor Espejo la grande satisfacción de que ni uno solo puede dirigirse ni la mas exigua queja, ni la mas insignificante reconvencción.

Con todos ha llenado estrictamente por el buen éxito de los asuntos que se le confían, y todos en fin pueden certificar sobre la exactitud con que atiende a la custodia de los intereses que le son encomendados.

Su eficacia es inimitable, su probidad la garantiza la mucha confianza que generalmente se le dispensa, y de su inteligencia responde también el acierto con que resuelve los muchos negocios que penden de su dirección. Como la indicada agencia no es de clase alguna de aquellas, y es además la que se encuentra en esta ciudad de Vera, donde por su proximidad a la famosa Sierra Almagrera surgen multitud de ellos en orden al ramo minero; el referido establecimiento ha tenido constante ocasión de dedicarse a las operaciones de tal industria con el auxilio de todos sus concurrentes que ni uno solo ha dejado de presentar al señor Espejo testimonios de beneficio ha sido y está siendo el centro de acción de que hablamos, pero no es posible compendiar aquí todo lo que en sí promete. Así pues, la persona que desee mas antecedentes, puede dirigirse a la expresada ciudad de Vera, sin necesidad de otras señas que el nombre y apellido del agente.

EL LIBERALISMO Y LA DEMOCRACIA. POR D. M. Blanco Herrero.

Se halla de venta a 14 rs. en la librería de Sánchez Rubio, calle del Prado núm. 4. De provincias se harán los pedidos a D. José Lopez, calle del Barquillo, núm. 12, principal derecha, remitiendo el importe en una libranza sobre correos ó en sellos de franqueo.

LA CALAVERA MILAGROSA.—LEYENDA FANTÁSTICO-RELIGIOSA original en su género, y escrita elegantemente en toda clase de metros por el aventajado poeta lírico D. Antonio G. del Cano. Se vende a 10 rs. ejemplar en la librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 15, y en la tienda del Libro de Oro, calle de la Montera. (S.)

CORRIGE, INSTRUYE, PERSUADE.—DICCIONARIO de la lengua castellana.—Contiene todos los vocabos de nuestro idioma, las técnicas de ciencias, artes y oficios; las figuradas; las familiares; las vulgares; las provinciales; las americanas, y dialecto de los idiomas (lengua germánica). Aumentado con 10,000 palabras que no están en los diccionarios de la Academia, de Dominguez, Caballero, Peñalver, Sava, Babuena, Campuzano y otros. Dedicado a los artistas, artesanos é industriales. Por L. M. C.

Pocas palabras tendremos que decir para demostrar el mérito del diccionario que estamos imprimiendo, sobre el de los demas.

Recomendamos al público la lectura de las diez entregas que llevamos impresas: en ellas verá; El diccionario mas bonito y manejable, su tamaño 4.º español á dos columnas; Mas completo y correcto que los de Dominguez, Caballero, Peñalver y otros;

Tendrá de aumento unas 10,000 voces, señaladas al margen con un asterisco;

En las 17 entregas repartidas, hay 2,169 palabras que en los de aquellos no están.

Digamos algo sobre los diccionarios impresos con anterioridad al nuestro.

Muchos de la lengua castellana van publicados de poco tiempo a esta parte. Sus autores se granjearon una justa y envidiable celebridad, por el servicio que prestaron a la nación con la introducción de voces nuevas, cosa que desatendió la Academia, olvidando tal vez su lema de

Limpia, pija y dá esplendor.

TRATADO PRACTICO DE CAMINOS, por don Joaquín Montero.

Un tomo de 200 páginas, con láminas, obra útil

No obstante, en todos ellos se nota la falta de infinidad de palabras, por lo cual es tan urgente como antes la publicación de un diccionario de la lengua castellana, completo, que saque de dudas en general. La extensión de aquellos se encierra a contener varias biografías, algunos nombres de pueblos y muchas definiciones duplicadas en distintas palabras de igual significación. Les falta mucho, esenialismo, que debieran contener.

En cambio el que anunciamos (producto de algunos años de desvelos y privaciones, y del estudio y examen riguroso y prolijo de cuantos diccionarios y obras especiales se han impreso en España y en el extranjero), satisfará completamente al público por su bonito tamaño y claro tipo; aumento considerable de voces y acepciones; sujeción siendo preciso en su significación; uniforme y correcto en ortografía, y lo que no es menos atendible, lo económico de su precio.

Nuestro diccionario es de necesidad absoluta, para salir de las infinitas dudas que se presentan en la lectura, conversacion y escritura, de las cuales no sacan los anteriormente publicados, y por tanto todo español que viva en sociedad si quiere comprender y ser comprendido.

Varios diccionarios de la lengua castellana se han publicado; muchas ediciones de ellos se han reimprimido; gran número de ejemplares van expendiéndose segun sus editores. Con todo esto, hay en nuestro concepto desproporcion en la venta con los demas libros impresos, y esta falta de proporción tiene indudablemente su origen, é desconocer muchos el uso de un diccionario.

Se reparte una entrega semanal de 3 pliegos en 4.º español, buen papel y clara letra, de ocho páginas á dos columnas de 60 líneas de lectura cada una.

Cada